



CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata de la *Revista Asturias*

Nº 135. Madrid, 11 de diciembre de 2014

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©

ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)

D.L. M-5971-1986 (Separata)



EL AMOR... COMO ENFERMEDAD

Prof. D. Santiago Martínez-Fornés

En la imagen, de izda. a dcha.: D. Santiago Martínez-Fornés, D. Pedro Rocamora, D. Manuel Escudero, D. Valentín Martínez-Otero, D. Felipe de la Morena, D. Claudio Becerro de Bengoa y D. Alfonso Ruiz-Mateos.

DESARROLLO DEL ACTO

Abrió el acto el Presidente del Centro Asturiano de Madrid, D. Valentín Martínez-Otero, que saludó a todos los presentes y a los compañeros de la mesa: D. Santiago Martínez-Fornés, D. Pedro Rocamora, D. Manuel Escudero, D. Felipe de la Morena, D. Claudio Becerro de Bengoa y D. Alfonso Ruiz-Mateos. Dijo que el Salón “Príncipe de Asturias” era ese día aula magna de ciencia y de poesía, de cultura y de experiencia, gracias al egregio conferenciante: el Dr. Martínez-Fornés, amigo personal e institucional. “Hombre -según señaló- de hondo pensamiento y dilatado corazón, como se patentiza en sus muchos trabajos, así como por la bonhomía y cordialidad que propaga. La inspiración está siempre de su lado y con su palabra abre camino luminoso”. Después leyó algunos datos de su rica biografía: Estudió Medicina en Madrid, y se graduó con uno de los expedientes académicos más brillantes que constan en la Facultad de Medicina de San Carlos. Trabajó en el Instituto de Patología Médica con el Profesor Gregorio Marañón, “de quien fue uno de sus colaboradores más destacados”. Autor de 190 trabajos publicados. Algunos traducidos al inglés, francés, árabe, japonés y alemán. Ha pronunciado 448 Conferencias en las tribunas más prestigiosas de España. Presidente de la Asociación de Especialidades Médicas, durante ocho años. Ex-Vicepresidente de la Sociedad Española de Médicos Escritores. Miembro Decano Español de la Sociedad Europea de Cultura, a la que pertenecen casi todos los Premio Nobel europeos. Académico de las Reales Academias de Medicina del Principado de Asturias, de Zaragoza y de las Islas Baleares. Profesor Honorario de la Universidad Internacional del Mediterráneo. Diplomado en Higiene Mental. Ex-Vicepresidente de la Asociación Española de Cine Científico. Ex-Delegado del Consejo General de Colegios Médicos para relaciones con las Reales Academias, Facultades de Medicina y Sociedades Científicas. Cruz de San Jorge. Profesor Honorario de la Sociedad Española de Altos Estudios

Internacionales. Colaborador de RTVE, entre otros muchos méritos.

La conferencia del Dr. Martínez-Fornés fue muy brillante y amena, didáctica y poética, científica y motivadora. Todo un lujo contar con este excelente médico humanista, gran persona, que complementó la disertación con un interesante y animado coloquio en el que participaron unos cuantos asistentes. El conferenciante fue muy aplaudido.

Para el Centro Asturiano de Madrid es una satisfacción enorme poner a disposición de sus socios y amigos este texto de la conferencia del Dr. Martínez-Fornés. Seguro que lo disfrutarán.

PALABRAS DE DON SANTIAGO MARTÍNEZ-FORNÉS
Académico C. de las Reales Academias de Medicina del Principado de Asturias, de Zaragoza y de las Islas Baleares

I

El AMOR no es una enfermedad... Acaso sí, porque se puede morir de amor, como mis paisanos los AMANTES DE TERUEL: ISABEL y DIEGO. O por amor, como ROMEO y JULIETA que se suicidan.

El querer no es una enfermedad. Pero puede estudiarse con esta metodología por un médico que no renuncia a su deformación profesional.

Aunque no tanta como la del carpintero que me presentaron en la ciudad más recoleta de España. Confeccionaba ataúdes y me confesó: “No lo puedo evitar, Doctor. Cuando alguien habla conmigo, lo primero que hago es tomarle medidas. Su amigo por ejemplo -refiriéndose a ROGELIO DÍEZ ALONSO, Director General de Cinematografía y Teatro-: un metro ochenta, fornido y escorado a estribor.”

II

La hembra humana aprendió de los monos a despiojar al macho... y despiojándose ambos descubrieron la caricia.

Pero, ¿cuándo aparece el amor en la historia de la humanidad?

El amor es la más antigua de las enfermedades: la padecieron Adán y Eva, en alguna medida. Aunque no alcanza su plenitud hasta muchos siglos después...

“Una mañana remota y memorable, cuya fecha representa infinitamente más para el progreso humano que todos los descubrimientos de nuestro siglo, ocurrió -según GREGORIO

MARAÑÓN- este maravilloso suceso: Al levantarse el hombre, bronco e hirsuto de su lecho de hierbas, después de haber cumplido con la hembra que estaba a su alcance la ley del instinto; reposado por el sueño de esa tristeza que invade al animal después de amar, se sintió transido de una tristeza mayor, que era el tener que abandonarla. Y volviéndose a ella, que aún dormía, brilló en sus ojos, desde el fondo de sus cuencas, por primera vez en la historia del mundo, una luz maravillosa que era el amor...”

Así descubrió el hombre primitivo -una misma mañana- el amor y el remedio para su soledad infinita porque ambas cosas eran lo mismo.

Y, por vez primera, la hembra se convierte en mujer.

Desde entonces el amor no respeta edad, sexo, ni raza, siendo más grave a medida que aumenta la edad.

Cursa por parejas, generalmente de distinto sexo. Cuando asedia a un paciente solo, se dice que padece “Mal de Amor”, que es la más bella forma de saudade.

Se atribuye a los dardos de Cupido, que atravesarían el corazón de sus víctimas: “Es herida, que duele y no se siente”, en verso de Quevedo.

“Si no me hubieran dicho que era el Amor, yo hubiera creído que era una espada desnuda”. RUDYARD KIPLING.

Cupido -antes- prefería recorrer las altas cumbres en primavera, bajo la tenue luz de la Luna.

Hoy prefiere, para vulnerar, el estruendo sin luz de las discotecas, diseñadas más como trampa que como sala de espectáculos. MADRID ARENA, por mal ejemplo.

O el automóvil: alcoba rodante del soltero.

O el cine: ese espléndido encuentro de la luz con la oscuridad.

Donde el joven de hoy, con más prisa que nunca, recorre alucinado -milímetro a milímetro- la incipiente orografía de su pareja.

(La más escultural de mis amigas, me confesaba: “Desnuda, me muevo como pez en el agua. Vestida, me siento amortajada.”)

Importa más -sin embargo- alimentar una buena hoguera con la imaginación que prenderse en el fuego.

Cuando los “hombres de hierro” marchaban a hacer la guerra quedaban atrás los trovadores haciendo el amor.

“Son la retaguardia -escuché a AGUSTÍN DE FOXA- que gana siempre.”

III

El periodo de incubación -es decir, el tiempo que transcurre desde el encuentro hasta la aparición de los primeros síntomas- es muy variable.

Desde el “flechazo” -que nos hiere de insegura seguridad- hasta años.

El “flechazo” surge cuando intuimos en el ser amado la existencia de cualidades únicas y maravillosas, frustradas en nuestra infancia. Tiene la fuerza inmensa del inconsciente y, a veces, su certeza. Frente al instinto certero, reservó Dios al hombre el maravilloso don de equivocarse.

Tiempo de incubación mucho más breve en el varón que en la chica, quien desarrollaba el sutil arte de dilatar y retrasar las urgencias expansivas del muchacho. “Facilidad, mala novia”, se quejaba el poeta.

Aunque ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO -Presidente del gobierno entonces- contestase a una actriz que temía molestarle con su petición: “Yo no me enfado nunca con las damas por lo que me piden, sino por lo que me niegan.”

El varón que asalta con prisas a su pareja -como si se tratase de una ciudad sitiada- se pierde lo mejor del Amor que es el placer de descubrir e inventar.

Saborear el gozo inefable de ir descubriendo el modo de estar - que es tu cuerpo- y el modo de ser -que es tu espíritu-.

Descubrimientos, inventos, hallazgos y sorpresas que jamás acaban cuando uno está enamorado y es inteligente.

El querer es siempre recíproco... pero no siempre simétrico. Sin reciprocidad no hay amor, sino capricho o “un oscuro objeto del deseo.”

Sin más síntomas que un estado eufórico y deseos varoniles antes de pagar en todos los sitios, los enamorados se sienten vocacionalmente “manicuras” el uno del otro. Claro que hay manos que nos acarician y manos que nos manosean, atrapan y manipulan.

Caigamos en brazos del amor... pero no en sus manos.

Jamás falta en la enamorada la premonición de que fallecerá joven, quizá antes de cumplir los veinticinco años.

El amor -por otro lado- nos hace sentirnos inmortales: Uno de los pilares de mis creencias religiosas es que no puedo resignarme a amar sólo veinte-cuarenta-ocho años.

Porque el Amor... mientras dura es eterno.

Amar es un ala que busca otra para poder volar.



El Dr. Martínez-Fornés en un momento de su intervención

IV

Con una mirada nos llega siempre la primera manifestación de amor. Antes que la boca hablan los ojos.

Gustan los enamorados permanecer juntos, ocupando el menor espacio posible. Antes, en soledad. Hoy, en muchedumbre.

El habla, mientras ella ríe. Suceso notable porque los jóvenes de hoy habéis perdido la sonrisa.

La mueca -que es burla- ha desplazado a la sonrisa -que es solidaridad-.

El amor hace que miremos una gallina y veamos un pavo real.

Nos presenta a la novia “plena de gracia... como el avemaría”. Convierte los defectos del amado en notas de distinción. ¡Cuántas veces he podido comprobar, con tristeza, que el alabado garbo de la novia no era más que una leve cojera, como la marcha incitante de MARILIN MONROE!

Las pasiones arrolladoras no abundan en una época donde la libertad se antepone a todo. Pues la pasión es --antes que nada- dependencia.

El arte de vivir acaso sea el arte de compaginar el Amor, la Libertad y la Soledad, sin que ninguno de estos valores entrañables devore a los otros dos.

Jamás falta el síntoma grave -muy grave- de los versos.

Versos que nos hablan de esclava libertad, alegre tristura, daño apetecido, tormentas del corazón, dudas torturadoras, dificultades respiratorias de quien “se ahoga sin el aire que

respiras TÚ.” Porque nada hay tan psicossomático como el Amor: gozar y sufrir dos vidas compartidas.

Dos notas cualifican el Amor: la mutua comprensión... y recíproca comprensión.

Se siente una exaltación de la vida propia y ajena, vivida como un nuevo y entrañable Renacimiento.

El nombre de la amada/o -ayer tan solo un bello nombre- brota de labios enamorados con el homenaje del más breve y delicado de los piropos.

La mujer que piensa “todos los hombres sois iguales” vence siempre al hombre que cree, sin duda alguna, “tú eres distinta a todas las demás”.

Pero os pierde vuestra “natural condición de mujeres: desdeñar a quien os quiere y amar a quien os aborrece”, como se dolía DON QUIJOTE.

Si el sexo busca el placer físico, y el erotismo, la alegría de vivir - “Te persiguen mis cinco lebreles corporales”, en verso de EDUARDO CARRANZA-; el amor es la felicidad y convierte la vida en el más espléndido de los regalos.

Yo -cuando rezo la Salve-, me salto siempre el “gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.”

Puede medirse el amor por la facilidad con que hacemos -o nos hacen- reír o llorar.

La belleza atrae el amor -que yo imagino esta noche como un duendecillo loco entre vosotras- e incita su desarrollo. Pero son la inteligencia, la generosidad y la imaginación las fuentes que lo nutren y conservan.

Al final, lo que exigen siempre Salomé y su madre, de Juan El Bautista, es su cabeza.

Ser bella es sentirse hermosa y capaz de transmitir a los demás este sentimiento inefable.

En el corazón de toda mujer fea nunca falta la vivencia de que le arrebataron la juventud.

A la mujer se la conquista y retiene más por el oído que por los ojos.

Escuché a ORTEGA y GASSET: “El hombre feo, pero inteligente -el Maestro se consideraba ambas cosas- sabe muy bien que, a la postre, tiene que curar a las mujeres del aburrimiento contraído en sus “amores” con los hombres guapos.”

Salvo unos pocos afortunados, aprendemos demasiado tarde a amar.

En versos míos -porque me los dedicó GLORIA FUERTES-:

V

Una enfermedad grave como el amor, que en ocasiones cursa por brotes y que tiene tendencia a recidivar, presenta variadísimas formas clínicas y complicaciones.

Hay un amor ambivalente. Mi dulce amiga vino a la Consulta de luto riguroso por su marido, fallecido recientemente: “ Era un hombre maravilloso. Jamás me dio un disgusto... Ni siquiera cuando se murió.”

(No olvidemos que en la mujer enamorada no hay contradicciones, sino contrastes)

La coqueta convierte el pudor en reto.

Superadas -¿superadas realmente?- las épocas de celo en la especie humana, la coqueta se esfuerza por incitar en los varones que la rodean un estado permanente de celo.

Si en vez de recurrir a medios sutiles, maneja estímulos groseros se le llama cachonda. Del latín, catulus, cachorro de perra. Para la coqueta no hay adulator tan gentil y elocuente como su propio espejo.

El romanticismo es una forma muy peculiar de vivir el amor, cuando “el corazón -como aseguraba ORTEGA y GASSET- se nos sube la cabeza.”

“Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche”

en versos penetrantes de GÓNGORA.

Las heridas de amor no sangran.... porque matan antes.

Los celos no acaban con el fallecimiento del causante del recelo.

Recuerden a Doña JUANA LA LOCA peregrinando con el cadáver de su marido por las tierras desoladas de Castilla, depositando el féretro por la noche en las Iglesias o Conventos de frailes -nunca de monjas- que encontraba en ruta.

Con los celos de la infeliz Doña JUANA entramos en las relaciones del amor con la locura.

Nadie enloquece de amor. Son los locos quienes se enamoran locamente.

El Profesor DENIKER es tajante: “Un mal de amores que no se cura es una enfermedad psiquiátrica que se inicia.”

Tras el suicidio de LARRA -el Periodista más brillante y popular de su tiempo-, el entierro fuera de Lugar Sagrado provocaría un escándalo difícil de controlar.

Consultaron con el VICARIO EPISCOPAL -muy preocupado con su probable ascenso al Obispado- quien resolvió la cuestión: “Si enterramos a los locos en Lugar Sagrado ¿por qué vamos a hacer una excepción?”

Todo enamorado atribuye un sentido oculto y trascendente a cualquier cambio del ser querido: un gesto, una mirada, su tristeza, su alegría.

Jamás faltan ilusiones y alucinaciones -sobre todo en el varón- que le hacen ver a la amada como un pequeño monstruo deslumbrante de hermosura. Juzguen si no es una quimera alguien con cabellos echando chispas que son -eso sí- rayos de luz, de plata o de sol, y bandera de su melancolía; con ojos de gacela, boca de fresa y dientes de perlas; cuello de cisne; pechos como palomas inquietas o como esferas de marfil que prestan luz a la Luna; paraíso de cintura para arriba, refugio de cintura para abajo...

El herido -que canta por la herida- ve a su amada como una alegría donde la Tierra se hace Cielo. “Eres mi ración de Paraíso en la Tierra.”

¿Es posible padecer dos brotes de Amor al mismo tiempo?

Un marido fiel -que los hay- es un marido “full-time”. Pero no pocos sienten un afán compulsivo de recorrer caminos siempre distintos: son los mujeriegos y las hombreriegas.

Las esposas de los maridos infieles suelen ser bellísimas. El hombre casado con una mujer fea -salvo que sea un “gigoló”- demuestra escasa sensibilidad ante la belleza femenina.

Acaso la fidelidad consista en dar a la amada/o todo el amor que sea capaz de absorber. Pero existen amores inmensos que no caben en una sola copa...

“Hay mujeres tan maravillosas que basta ella sola para llenar toda una vida”, me confesaba EDUARDO CARRANZA. Añadiendo: “Cuatro o cinco así pasaron por mi biografía.”

Son amores distintos y compatibles, complementarios si se me apura.

Como las dos novias del soldado alemán, cuyos nombres -Lilí y Marlén- unió en un poema que se hizo canción entrañable de guerra.

VI

El Primer Amor -como el hallazgo poético, como la felicidad- no se busca. Se encuentra. Elige una rosa y olvida el jardín.

Pese a tantas promesas de eternidad -en voz baja para que sus juramentos, como diría CALÍMACO, no lleguen a oídos de los dioses-, el amor -como llama que es- termina por extinguirse no pocas veces.

Claro que hay llamas que arden y llamas que queman.

Amar es sentir en cada beso de la amada el gozo del primero y el temblor de que acaso sea el último.

En versos de GLORIA FUERTES, que desearía fuesen míos:

“El desamor no es culpa de tres,
sino por causa de dos
que no han sabido ser uno.”

Puede terminar bruscamente el amor, en crisis, en cuyo caso la víctima se siente morir. Y buscará consuelo en el pañuelo, posteriormente en el mantel, y algunos ¡ay!, en otras sábanas.

En este desgarramiento de hacerse dos seres independientes y extraños lo que era ya una pareja, sufre mayor ansiedad el varón. Acostumbrado desde los primeros meses de su vida a asociar la desaparición de su angustia -por hambre, sed, soledad o miedo- con la presencia luminosa de la madre.

Signo de mal pronóstico: cuando uno de los dos abre los ojos de admiración ante un bello espectáculo mientras el otro bosteza, Cuando duermen juntos, pero cada uno sueña por su lado.

En ocasiones, el amor muere poco a poco dejando una relativa inmunidad frente a otros encuentros. Si se repite varias veces, el enamorado se convierte en un Don Juan, que es el amor hecho publicidad.

Don Juan es un pretendiente que domina mejor el “cuándo” que el “cómo”.

Pero lo importante no es enamorarse muchas veces, sino permanecer enamorado.

Amar mucho es lo contrario de amar muchas veces. A tu lado no sólo me siento mejor. Soy mejor.

VII

Hay padres que, por miedo a que sus hijas caigan en “mal de amores”, procuran aislarlas, evitando todo posible contagio.

Sé de un pueblo -rodeado de espliego y romero- donde las madres olfatean como sabuesos la falda de las mozuelas a su regreso del baile. Y les declaran la guerra si traen en su cuerpo aroma del campo.

El virus del amor -como tantos otros virus- ha perdido virulencia a lo largo de la Historia.

Nuevos tiempos y nuevas costumbres que requieren inventar nuevas palabras. Y surge “ligue”, “querinovia”, “hombrieriega”, “ligódromo”, “puticlub”, y muchas más pronunciadas y escuchadas en “la horizontal”. “Amigovio” cuando se mezcla la amistad y el amor oscuro entre dos varones.

Algunos gais nos llaman a los heterosexuales: “horterosexuales”.

Mi desconcertante amiga había jurado a su novio: “Seré tu mujer... pero no tu esposa.”

Para aliviar la frustración de no haber podido conquistar a una sola mujer, algunos hombres -NAPOLEÓN, HITLER- se sintieron obligados a conquistar media Europa.

VIII

Como enfermedad que es ¿no se curará el amor en la cama?

A veces dura toda la vida y aun después:

“Médulas que han gloriosamente ardido...
Polvo serán, más polvo enamorado.”

en versos prestados de QUEVEDO.

El noviazgo -verdadero noviciado del orden matrimonial- tiene, entre otros encantos, el de la novedad. Novia alude a novus, nuevo.

“Si uno de los dos bosteza son marido y mujer” acertaba siempre Don RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Con el matrimonio empiezan las dificultades de la vida frente a los sueños. Ya lo dijo BYRON: “Es más fácil morir por la mujer amada que vivir con ella.”

Tanto que algunos -tocados en su instinto- han llegado a creer que la mujer no es la hembra del hombre.

Herido en el ala, escribió OSCAR WILDE: “Amarse a sí mismo es la única aventura amorosa capaz de durar toda una vida.”

Un paciente mío cree que la mujer es el “sexo opuesto” porque se opone siempre.

En ocasiones muere la esposa poco después del fallecimiento del marido, porque no aprendió a su lado a vivir sola.

Con más frecuencia, tras la muerte del marido; la esposa madura y rejuvenece.

Para terminar. Sea enfermedad o no el amor, lo cierto es que no hay nada tan atractivo como una jovencita desnuda.

Sólo comparable a una elegante dama otoñal bien vestida, bien peinada, bien calzada, bien perfumada, que sonrío, habla y escucha como se supone que lo hacen los ángeles



Imagen del público asistente